

El costo que se convierte en ganancia

P. Ángel L. Ciappi

julio 2011

La corresponsabilidad es la respuesta a la invitación que nos hace el Señor a seguirle como discípulos. Nos dicen los obispos norteamericanos en su carta pastoral sobre la corresponsabilidad: «Los discípulos responsables hacen una decisión firme y consciente, acompañada de la acción, de seguir a Jesucristo sin importarles el costo».¹ Cristo habló claramente a sus discípulos acerca de este costo, es decir, sobre las opciones que cada persona tiene que tomar para seguirle: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame».² La cruz resume la voluntad de Dios sobre cada uno, así como la cruz de Cristo fue claramente la voluntad de su Padre. Al camino hacia la madurez en el discipulado lo llamamos conversión. La citada carta pastoral define la conversión como un cambio de la mente y el corazón que permite que los cristianos se entreguen ellos mismos al Señor. Esta entrega no se expresa en una simple acción, ni en una serie de acciones en un dado período de tiempo, sino en el transcurso de toda la vida, en un nuevo estilo de vida.³ La conversión, por tanto, es un proceso de toda la vida en el que los discípulos aprenden a «vivir» la voluntad de Dios, que es lo mismo que decir, aprenden a vivir en plenitud el mandamiento del amor a Dios y al prójimo.

Esto puede parecer casi imposible de realizar si no fuera por el hecho de que el “costo” es realmente una ganancia para el discípulo, y de que Dios le provee los medios naturales y sobrenaturales para que cumpla Su voluntad. El medio sobrenatural es Dios mismo, quien vive en el discípulo que le ama y busca hacer Su voluntad: «Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él».⁴ El natural, que es prerequisite para el sobrenatural, es la gratitud por todo lo que somos y tenemos, que es don de Dios. Los discípulos «saben que son recipientes y encargados de los múltiples dones de Dios»⁵ Sólo cuando reconocemos que hemos sido dotados, bendecidos sin mérito alguno de nuestra parte, comenzamos a percibir el amor misericordioso de Dios por cada uno. Esta gratitud es la que alimenta la generosidad para entregarle a Dios todo lo que nos ha dado. Por eso la carta pastoral señala que «la corresponsabilidad es parte de ser discípulos, y nos da el poder de cambiar la manera en que entendemos y vivimos nuestra vida».⁶

El cristiano corresponsable “corresponde” a la invitación que Dios le hace a llevar a cabo Su plan con Sus dones. Reconociendo que los dones sobre los que tiene poder de decisión en un tiempo dado son para usarse según la voluntad –medios y fines– de su Creador y Dueño, el corresponsable se convierte en socio de Dios; una sociedad que está enraizada en el amor. Esta vocación universal de todo ser humano es un gran honor y, a la vez, una gran responsabilidad ante Dios y ante toda la creación.

¹ *La corresponsabilidad: respuesta de los discípulos*, Introducción, no. 1.

² Mt 16,24.

³ Cfr. *La corresponsabilidad: respuesta de los discípulos*, Introducción, no. 2.

⁴ Jn 14,23.

⁵ *La corresponsabilidad: respuesta de los discípulos*, Introducción, no. 3.

⁶ *Ibid.*

Para responder adecuadamente a esta llamada se requiere oración, discernimiento y la ayuda de la comunidad cristiana para poder encontrar la voluntad de Dios en cada paso del camino de la vida. Los discípulos que manejan los dones de Dios según Su voluntad hacen presente el Reino de Dios; Dios se hace presente a través de ellos y de la comunión que Él crea. «Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud».⁷

Dios le muestra a cada discípulo cómo desea que maneje Sus dones. Bajo la guía del Espíritu Santo el cristiano corresponsable «recibe los dones de Dios con gratitud, los aprecia y los cuida de manera responsable y moderada, los comparte en justicia y amor con los demás, y se los devuelve al Señor con creces».⁸ Los dones de Dios nunca son para el uso exclusivo del que los recibe; son para ser entregados en proporción a lo que se recibe de Dios. «Que cada cual ponga al servicio de los demás la gracia que ha recibido, como buenos administradores de las diversas gracias de Dios».⁹ La entrega de tiempo, talento y tesoro se da en nuestras familias, vecindarios, escuelas, lugares de trabajo y comunidades de fe; en cualquier lugar donde haya personas que amar y servir.

Nuestra vocación fundamental es a la comunión con Dios: «La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios»¹⁰. Siendo la Iglesia la congregación de aquellos que están en comunión con Dios, es ella también un don de Dios. A través del ministerio de la Iglesia somos llamados por Dios a la comunión con Él y con los demás seres humanos, y somos dotados con todo lo necesario para vivirla. Puesto que esta comunión se realiza por medio de Cristo, a la Iglesia se le llama también el Cuerpo Místico de Cristo, del cual Él es su Cabeza. El entregar de nuestros dones en el Cuerpo Místico de Cristo, del cual recibimos la realización de nuestra vocación fundamental, nos mantiene como miembros vivos de ese Cuerpo: en comunión con Dios y, por Él, con nuestros hermanos.

Por medio del desarrollo se le proveen al cristiano corresponsable diversas oportunidades concretas para entregar sus dones con el fin de edificar el Cuerpo Místico de Cristo, según el consejo de San Pablo: «Que todo sea para edificación».¹¹ Al hacerlo, los corresponsables ayudan a que progrese la misión de la Iglesia, difundiendo así su amor y la amorosa llamada de Dios a la comunión a toda la humanidad.

⁷ 1 Jn 4,12.

⁸ *La corresponsabilidad: respuesta de los discípulos*, Introducción, El Plan de la carta pastoral, V.

⁹ 1 Pe 4,10.

¹⁰ Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes* 19.

¹¹ 1 Cor 14,26c.